

Hacia una Iglesia influida por Polonia

E.
MIRET
MAGDA
LENA

LOS Papas son hombres de carne y hueso y no ángeles asexuados como el administrador del Paraíso que organiza la Creación en la última obra de Jaime Salom, "Historias íntimas del Paraíso".

Ni nuestro mundo eclesial es un Edén, ni la misión de sus dirigentes es la de ser unos administradores burocráticos, ni los líderes de la Iglesia deben pretender ser unos seres angélicos caídos del cielo.

Wojtyla —el nuevo Papa, de cuadrada y voluntariosa mandíbula— marcará, como es natural, lo que él lleva en su sangre. No esperemos, por tanto, una dirección de la Iglesia aséptica, porque este sorprendente Pontífice, que rompe la tradición de 456 años de Papas italianos desde el siglo XVI para acá, será un Papa entero, que no parece que el cargo le vaya a cambiar.

Ha tenido la experiencia de la "Ostpolitik" distendidora, realizada en los años de pontificado del Papa Pablo VI. Tiene un vivo conocimiento de la necesaria convivencia en un país oficialmente ateo, después de la errónea época que pretendía ser la Iglesia únicamente una mártir. Mantiene una identidad católica, clara y bien marcada, como profundo creyente que es y nada quiere saber de las snobistas elucubraciones de los teólogos occidentales de la concesiva "muerte de Dios".

La Iglesia polaca ha sido y es una Iglesia enraizada en la problemática de su país y que, por eso, ha tomado siempre opción por el pueblo. Sus obispos, clérigos, religiosos y fieles seglares estuvieron en primera línea de defensa de las libertades cívicas, ante los repetidos intentos hechos en el pasado por rusos y alemanes para subyugar al pueblo polaco, o ante la pretensión avasalladora de ideologías ateas que, por su intolerancia, no casaban con la idiosincrasia popular.

No hay anticlericalismo en el pueblo polaco, porque la Iglesia ha sido siempre una Iglesia del pueblo y para el pueblo, que ha reivindicado la libertad popular ante cualquier clase de oponente. Polonia tiene 33 millones de católicos convencidos, que representan el 95 por 100 de la población, resultando así el país socialista que tiene mayor proporción de creyentes en el conjunto mundial de la Iglesia. Incluso ésta ha servido constantemente de interlocutora con el Estado, a favor de la sociedad. Papel difícil que nunca ha caído

en el clericalismo propio del Occidente latino, y en particular de la España moderna.

Este Papa, filósofo y pastor al mismo tiempo, está preocupado por el problema del ateísmo en el mundo de hoy, extendido por todas las capas sociales. En 1976, Wojtyla afirmó: "Vivimos en un tiempo en el que se olvida a Dios: ya no se le confiesa más. Se le retira de las publicaciones, de los libros y de los programas sociales. El mundo decae porque está privado de su fuerza originaria. Y esta imagen de un mundo sin Dios es la que, en cualquier país, se quiere inculcar bajo las más diversas formas".

A nosotros, occidentales, nos chocan estas declaraciones cuando estamos viviendo la época del "silencio de Dios", lo mismo creyentes que no creyentes, y cuando los cristianos hemos intentado crear una nueva teología que partiera de la experiencia del "silencio creador". Pero Wojtyla no plantea las cosas así: su experiencia humana fue muy distinta de la de nuestro cansado mundo occidental, el cual tiene la experiencia de una imagen alienadora de Dios a diferencia del pueblo polaco. Experiencia vital representada por el nuevo Papa igual a la que me transmitió hace diez años el teólogo checoslovaco Opocenski, quien estaba extrañado ante la reacción, típicamente norteamericana según él, de la "teología de la muerte de Dios".

Los soviéticos no han tenido hasta ahora ningún problema con Wojtyla, porque no han estado preocupados por una Iglesia que, en su territorio de 261 millones de habitantes, solamente tienen cuatro millones de seguidores, y la mayoría de ellos son lituanos. El único problema que tuvo la URSS fue el de los católicos ucranianos de rito bizantino, problema que fue resuelto por el drástico procedimiento de negarles el pan y la sal, queriéndoles forzar así a pasarse a la Iglesia ortodoxa rusa.

Sin embargo, un punto de preocupación puede surgir ahora, ante este Papa polaco que llevará a la Iglesia romana los aires de la problemática de su propio país, y puede surgir porque en la URSS hay un Gobierno que se inclina más a la conservación que a la renovación, y cualquier cambio religioso que pueda influir en los países del Este podría alarmar la tranquila seguridad soviética.

El hecho es que el Gobierno actual de

Polonia ha dado grandes facilidades, por primera vez en su historia, para desplazarse a Roma los polacos que han querido hacerlo, con la sola excepción de tres intelectuales católicos conocidos, a pesar de que uno de ellos era amigo personal del nuevo Papa, y otro fue invitado oficialmente por el Gobierno italiano a la ceremonia que dio comienzo oficial al pontificado de Juan Pablo II.

La "Ostpolitik" del nuevo Papa variará poco en lo que se refiere a Polonia, donde su mentor, el cardenal Wyszynski, continuará la política, firme por un lado y distendidora por otro, de su amigo y colaborador el hábil y sincero creyente que es Wojtyla.

No nos olvidemos que la idiosincrasia del nuevo Papa será difícil de comprender para muchos latinos, en especial de la Curia romana. No hay que olvidar que Juan Pablo II es un eslavo, un hombre de apasionado carácter bajo una actitud exterior seria y tranquila que le impedirá cualquier desliz imprudente. Pero, como eslavo, es un hombre del deber ante el cual no permitirá que se le pongan obstáculos, porque se entregará a las exigencias de su conciencia con alma y vida.

Se ha dicho que es un conservador. Pero esta clasificación desfiguraría su imagen real. Porque es ciertamente un hombre de firmes convicciones, pero que sabe ser comprensivo en la aplicación humana de los principios. Y, además, su firme fe no es la de un retrógado, porque en Cracovia creó un sínodo formado por clérigos y seglares para responsabilizarse de la pastoral. En el seminario hace estudiar las principales corrientes del pensamiento moderno con total objetividad. En liturgia ha fomentado los festivales titulados "sacro-song". Y siempre protegió al grupo progresista católico Znak.

Si el Papa sabe ser un verdadero polaco, fomentando las mejores cualidades del ser católico de ese país, tendremos una renovación en profundidad de lo religioso, y no esas renovaciones superficiales de Occidente que quitan lo viejo sin que surja claramente una religiosidad constructiva y llena de impulso creador.